

No sé si será la hora del recuento, pero sí creo que, a pesar de la desorientación que sufre el Perú, podemos adelantar opiniones. Miramos el actual espectáculo político de este país, no como simples espectadores, más bien como actores apasionados en la lucha que hoy se torna profundamente enconada. I no podía ser de otra manera.

Por primera vez el Perú siente un repudio total, absoluto, de sus viejos tutores, o mejor dicho, de sus viejos explotadores. Desde la independencia, el poder ha caído por las sucesivas luchas o *montoneras*, en manos de caudillos militares unas veces, que pugnaban contra los señores terratenientes, los criollos descendientes de las viejas familias aristocráticas, de apellidos sonoros y dueños de la tierra. Otras veces el país ha estado dominado por esos señores rancios, que son los que con mayores ventajas, han usufructuado el poder hasta la fecha. Todos ellos por su ascendencia extranjera y por su odio a las clases populares, especialmente la indígena, no han significado jamás un elemento de progreso, sino simples especuladores que veían al país como una hacienda propia. Leguía, disidente del partido civilista—órgano de los conservadores, creado para combatir al militarismo ambicioso—planteó el primer repudio a dicha casta. No era que la creyera inmoral o incapaz de servir los intereses de la Nación. Era que la sabía buena arma política, ya que el odio al civilismo es tan antiguo como su creación. Al traicionar Leguía al Civilismo, no abandonó sus métodos ni olvidó su escuela. Sus once años de tiranía no fueron sino la aplicación refinada del despotismo civilista. Procuró aplastar a los que no se le rindieron, pero en muchos casos pactó con miembros prominentes de ese civilismo, e incluso, contrajo vínculos familiares. Los otros, los ambiciosos, que veían caer en las manos de los leguistas, todo el oro que pudo haber caído en las de ellos, no transigieron ni permanecieron toda la etapa leguista en el dorado destierro de Europa, gastando las rentas que para su ociosidad, producía el trabajador peruano.

Si Leguía lo corrompió todo, por el soborno y el *boicot*, no hizo sino, como decimos, seguirle los pasos al civilismo. Se dió el caso de que el pueblo, en una violentas protestas contra los civilistas, incendiara la imprenta de *El Comercio*, órgano interesado de esa casta. Pero Leguía, que sabía bien su papel, pagó la ruinosa casa y la pagó tan generosamente, que con los varios millones que dió a más de comprar un ininterrumpido silencio, permitió levantar un enorme palacio fortaleza a prueba de incendios y de balas, y desde cuyos muros atisban las ametralladoras con que se defiende la numerosa familia extranjera Miró Quesada, sabedora del odio del pueblo.

La caída de Leguía estaba hace tiempo determinada por la ruina económica del Perú. Una política de empréstitos, de entregas al imperialismo, de monopolios, de impuestos, de robo inocultado, ya que en once años los fieles del leguismo,

La hora del Perú

= Envío de la autora =



Por Amighetti.

pobres la mayoría, han quedado con fantásticas fortunas que oscilan entre 5 a 30 millones por cada gran leguista,—Leguía tiene 130 millones de soles peruanos — no podía sino producir la quiebra y derrumbar un régimen, cuyas bases estaban carcomidas.

La mayor parte de los pueblos de América remedian su situación precaria a base de empréstitos. ¡Y qué triste experiencia tienen ya los pueblos coloniales que así se entregan en manos de sus prestamistas! Cada empréstito que desaparece rápidamente en las manos de una casta ambiciosa y corrompida, por medio de contratos para carreteras, ferrocarriles, saneamiento de ciudades, etc. etc., en las cuales se emplea la tercera parte o menos, del dinero presupuestado, no hace sino pesar cada vez con mayor fuerza sobre las espaldas de un pueblo sin medios de vida, económicamente retrasado, sin industrias productivas, completamente agrario y minero, como son la mayoría de nuestros países, como lo es, a pesar de sus 100 años de República, este Perú. Cada empréstito no hace sino ajustar la cuerda con que nos ahorca el imperialismo. Cada empréstito no ha hecho sino levantar en la Avenida de la Tiranía, fastuosos palacios que ruborizan nuestra miseria sin taparrabos, y que siguen disfrutando los señores leguistas-civilistas.

Los viejos civilistas, hartos ya del usufructo que hacían los leguistas del dinero del país, propiciaron su más rápida caída. Un militar audaz ayudó los proyectos de los enemigos interesados, y Leguía cayó para que los civilistas volvieran a apoderarse con las uñas del Tesoro Público. Un golpe militar era lo

único que podía derribar a la tiranía. —¡Cuántos golpes militares se traban en la sombra ahora que el Ejército está dividido por ambiciones personales y caudillescas! El pueblo desarmado e impotente, no podía enfrentarse a las ametralladoras de la policía leguista. Los mejores líderes revolucionarios estaban—están—en el destierro.

El Perú de Leguía es hoy el Perú de los civilistas. Esto no obsta para que el civilismo—que se disfraza con una serie de máscaras de oveja y decreta su auto defunción—sea totalmente repudiado y odiado por la opinión nacional.

El civilismo, ante el despertar de la conciencia peruana, que se agrupa alrededor del Partido Aprista, el único que define una ideología y tiene base nacionalista, inventa un fantasma: el comunismo. Es la vieja y desacreditada táctica leguista. Trae expresamente a un intelectual enrojecido a quien paga sueldo, y se permite francamente una desafortada y absurda campaña comunista. El plan por ingenuo, saltaba a la vista. Achacar al aprismo, partido de izquierda, las tendencias disociadoras puestas en práctica por los agitadores a sueldo y echarle la culpa de las matanzas que debían venir por la represión lógica que se hiciera contra los reclamos de los obreros. Así, criminalmente, los falsos comunistas, aprovechando el hambre secular y la explotación despiadada de los obreros mineros, los lanzan al sacrificio inútil, ya que nada de sus reclamos ha sido oído: varios cientos de trabajadores regaron su sangre por obra y gracia de la campaña confusionista propiciada por el civilismo. Tres extranjeros cayeron también y por ellos el gobierno peruano pagará enormes indemnizaciones.

El periódico *El Comercio*, que en 1927 colaborara con el gobierno de Leguía para hacer más escandaloso el descubrimiento de un complot, hoy estimuló la campaña comunista, sólo porque ella estaba inspirada en el antiaprismo y era medio seguro de provocar represiones.

Con todo, el admirable espíritu de las colectividades peruanas no se dejó engañar. A los enormes titulares de la propaganda «unámonos contra el peligro rojo», respondió con su indiferencia, ya que el peligro rojo no existe. Y en pública protesta, boicoteó e hizo fracasar un mitin de adhesión al gobierno civilista-militar, preparado por la casta reaccionaria. Indirectamente el triunfo fue del Apra. El espíritu de la contra manifestación, fue aprista. Los civilistas lo declararon, aunque bien sabían que el Apra no tuvo participación en el contra mitin. Los civilistas abalearon al pueblo, cuando se sintieron defraudados en sus expectativas. Querían hacerse aplaudir a pesar del asco del pueblo. El pueblo rechazó las balas con piedras.

Entonces dirigieron sus iras directamente contra el Apra y sus líderes. Acababa de llegar del destierro, después de 6 años, el escritor Manuel A. Seoane, uno de los hombres jóvenes de mayor valer en la actual generación latinoamericana. El mismo día arribaba a nuestras playas Carlos M. Cox, otro valioso

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades